LXXXIV.

No huvo en los demas algun soldado,
aunque cansado de tan dura guerra,
que aguardasse a salir del mar salado,
porque el esquife le pusiesse en tierra:
que unos salieron con presteza a nado,
mientras en tierra el ancora se afierra,
otros echando por el ayre el vuelo
pisaron presto el arenoso suelo.

LXXXV.

El Rey Sicaboron solo y remoto
algun peligro temò que padezca,
y sin nave, sin gente y sin piloto
pesaráme en el alma que perezca:
rueguele a la fortuna algun devoto,
que a mi Musa con vida se le ofrezca,
porque el sucesso de su mal le cuente,
y ella lo mismo a la curiosa gente.

LA MOSQUEA

POETICA INVENTIVA.

CANTO VI.

I.

¿QUién puede ser quien a mi Musa admira,
y con su vista su hermosura espanta?
¿qué cosa nueva por el golfo mira,
que las treguas del ocio le quebranta?
¿qué oculta fuerza sin templar la lyra,
a que cante la fuerza, y versos canta?
¿quién mi pesada mano facilita
para escribir lo que su voz me dita?

II.

¿Qué Megera infernal las aguas hiende,
y dando en ellas temerarias coces,
con pies y manos su crystal ofende
y al cielo con la fuerza de sus voces?
¿qué temerario monstruo el ayre enciende
con fuego de sus ojos tan atroces,
que en humo el agua convertida sube,
resuelto su vapor en negra nube.

III.

¿Es por ventura el monstruo horrendo y feo,
que nadando a la orilla se endereza,
el que contra las hijas de Cepheo
envió de las Diosas la dureza?
mas no, que el valentissimo Perseo
ya triumphó de su indomita cabeza,
despues que la saxifica Gorgonia
cortó con el escudo de Tritonia.

IV.

Mas ya descubre su presencia bruta,
y si su misma forma representa,
él es sin duda el Tartaro de Butta,
que escapa del peligro y la tormenta:
desde las aguas a la tierra enjuta
en colera encendido se presenta,
y con sus hechos a mi Musa obliga,
sin detenerse a que en cantar prosiga.

V.

Salió este Rey del Cimico salado
lleno de rabia, colera y enojo,
dividiendo las aguas qual pescado
pesado con la fuerza del remojo:
quando dejando de la orilla el vado,
al rayo caluroso del Dios rojo
flematico descansa de la fuga
del mar, y el agua que le oprime, enjuga.

No

VI.

No se le acuerda de rendirle gracias
a la piedad del cielo, que le truxo
libre de las tormentas y desgracias
del mar, que padecia de aguas fluxo:
mas de blasphemias en su ser reacias
una sobervia multitud produxo,
y antes en vez de compungirse peca,
y alli las gracias en pecados trueca.

VII.

Con rabia inmensa blasphemando jura
de derribar de las divinas salas
al Dios que rige las suprema altura,
y de amansarle la sobervia a Palas:
de apoderarse en la region obscura
del Dios Pluton, y de cortar las alas
a Mercurio, y de hacer que a todos ellos
apriete Marte los altivos cuellos.

VIII.

No ha de quedar en el Olympo Diosa,
a quien con sus rigores no persiga,
sino es que el ruego de la mas hermosa
a dar de mano a su crueldad obliga:
la casta Diosa que ha de ser su esposa
dice, y que Juno servirá de amiga,
y Venus de su exercito ramera,
y la madre Cybeles de tercera.

IX.

Estas razones y otras tales dixo,
injuriando con ellas a los cielos,
y en ellos siempre el rostro horrible fixo
como en unica causa de sus duelos:
y ya tras el passado mal prolixo
dar quiso al viento sus enjutos vuelos,
quando otro encuentro peligroso encuentra
y de Carybdis en los Syrtes entra.

X.

Vió caminar por la cercana orilla,
y que en su contra se venia derecha,
una estantigua flaca y amarilla,
a la humana figura contrahecha:
al Tartaro el aspecto maravilla,
aunque imagina entonces y sospecha,
que contra su valor el miedo traza
esta inventiva para darle caza.

XI.

Eran todos sus miembros carcomidos,
marchitos, tristes, sin color y yertos,
de la pobreza y desnudez vestidos,
en ansia vivos, en aspecto muertos:
en dos cavernas lobregas metidos
los ojos, y los huessos descubiertos,
las cuerdas encogidas, y las venas
vacias de sangre, y de flaqueza llenas.

Mi-

XII.

Miró la bestia al Rey, y el Rey miróla,
y apenas pudo detener la risa,
viendo su forma revegida y sola
con quanta flema las arenas pisa:
Ola, le dixo al Rey: y el Rey a él ola,
que le responde sin temor le avisa,
quando a ver lo que quiere se previene,
saliendole al camino por do viene.

XIII.

Apresuró el ligero movimiento
el Barriliense Rey pequeño espacio,
y la figura con su passo lento
puso delante dél su vulto lacio:
Demonio, el Rey le dixo, macilento,
si demonios caminan tan despacio,
o si ya que en el passo no lo eres,
demonio en la figura ¿qué me quieres?

XIV.

¿Eres, di, por ventura vil phantasma,
o alguna falsa y hechicera bruja,
que con fuerza de uncion o cataplasma
ara su frente, y la substancia estruja?
porque no soy persona que se pasma
de verte tan decrepita y magruja,
ni lo hiciera, si fueras un vestiglo
venido al nuestro desde el otro siglo.

XV.

¿Eres de alguna Mosca el alma en pena,
que en forma triste y en aspecto flaco
sin el cuerpo insepulto en el arena
penando vives por el ayre opaco?
que si por esta causa te condena
a destierro de gloria el justo Eaco,
por el Dios grande de las Moscas juro
de igualarte en la suerte a Palinuro.

XVI.

Dixo: y entonces el transido vulto,
apartando del rostro macilento
el cano y raro crin suelto y inculto,
assi sacó el debilitado aliento:
No tengo mi cadaver insepulto,
ni soy alma que habito por el viento,
que antes de cuerpos y almas soy estrago,
y el alma quito al cuerpo, y le deshago.

XVII.

No soy phantasma, bruja, ni estantigua,
como a tus ojos dices que parezco,
porque mas que essas cosas soy antigua,
y en mi vejez la informacion ofrezco:
mi proceder decrepito averigua
el efecto tan duro que apetezco,
es mi madre la gula, el tiempo padre,
y soy de insultos y trabajos madre.

Yo

XVIII.

Yo soy aquella que primeramente
fui por orden de aquel, que assi lo quiso,
quien al padre primero de la gente
tenté, quando salió del paraiso:
yo soy por quien le dixo al delinquente,
saliendo a su destierro tan preciso,
que yo le haria mil veces que sudasse,
porque de mis rigores se librasse.

XIX.

Yo soy aquella, que de casa en casa
a los mortales miseros visito
tres veces cada dia, y pongo tassa
en lo que morirán, si se lo quito:
yo soy aquella de virtud escasa,
porque soy quien la estrago y la marchito,
y soy quien hizo que Erisichthon fuesse
el mismo que a sí mismo se comiesse.

XX.

Yo soy aquella que de ley carezco,
cuya phrasis Latina se traduxo
en decir en Casilla que parezco
cara de herege con mi ser magrujo:
soy la que los manjares encarezco,
y sin ser quien los gasto, soy quien truxo
el mundo a tal extremo, que al materno
diente he dado a comer el hijo tierno.

Yo

XXI.

Yo soy en suma un perro de hortelano,
de todos los vivientes enemiga,
que para mí ninguna cosa gano,
quando del bien ageno soy mendiga:
yo soy aquella que el pequeño grano
vedo a la boca de la astuta hormiga,
y siendo quien que coman no consiento,
soy quien de ayuno y hambre me sustento.

XXII.

Allá en un monte de la Scythia extrema
tengo mi casa sola, obscura y triste,
donde con fuerza el Aquilon requema
la tierra, que de hierba aun no se viste:
adonde el rayo del calor no quema,
por el hielo cruel que le resiste,
alli habito teniendo con quien trate
solo al temor, que alli los dientes bate.

XXIII.

Desde alli solamente a verte vengo,
por si eres tan valiente como dice
la fama tuya, a quien envidia tengo,
y quiero ver si tu valor desdice:
la Hambre soy, que hacer en tí prevengo
lo que en el pecho de Erisichthon hice,
aqui sabrás quien soy, y yo quien eres,
si no viene en tu ayuda Bacho y Ceres.

Di-

XXIV.

Dixo, y furiosa el magro vulto llega,
y al Rey sobervio con audacia toca,
el rostro hambriento con el suyo pega,
respirando veneno por la boca:
el iracundo Tartaro reniega
viendo la furia temeraria y loca,
y buscando confuso los aceros,
la Hambre cruda se los dió mas fieros.

XXV.

Lucha con el soldado, y de repente,
desaparece el monstruo en la ribera,
pensando en aquel trance el Rey valiente,
que en tenues auras se voló la fiera:
pero al instante en lo interior la siente,
que de sus fuertes miembros se apodera,
y juzga que se entró por el estrecho
de su gaznate a dar mal rato al pecho.

XXVI.

No sale por la Libya leon hambriento
con bramidos tan altos y feroces,
dejando atras al mas ligero viento
la fuerza de sus impetus veloces,
como salió con denodado intento
hiriendo al cielo con sobervias voces,
traspassando los ayres qual cometa
este Moscon, a quien el Hambre inquieta.

No

XXVII.

No encuentra en todo el campo quien le lle-
a su exercito, o dél le trayga nueva, [ve
los secos vientos presuroso bebe,
y el corazon hambriento en ellos ceba:
vuela un espacio largo en curso breve,
por esta parte y la contraria prueba,
y mirando por todas desde lejos,
de un chapitel le dieron los reflexos.

XXVIII.

En él la vista denodado encara,
y ser remate de una torre mira,
y como el perro, a quien suspende y para
el ayre de la prisa, con que gyra,
del viento al fresco aliento se repara,
y tras el rastro de la caza tira;
assi estotro repara a ver la torre,
y vista, al punto allá se parte y corre.

XXIX.

Paróse en la mitad del campo raso,
por ver si por la parte, donde iba,
para saber para la torre el passo,
hallaba rastro de persona viva:
no pudo ver alguna, pero acaso
humo miró subir la torre arriba,
y apenas esto vió, quando al momento
se puso bien cercano del cimiento.

Por

XXX.

Por entre el humo negro se divisa
una encendida y temeraria hoguera,
y gente junto a ella, que con prisa
solia cruzar solicita y ligera:
quiso hacer en secreto la pesquisa,
y mirar, sin ser visto, desde afuera
la verdad del sucesso, y para el caso
el cuerpo guarda y apresura el passo.

XXXI.

Y a poco espacio por las dos ventanas
de sus narices anchas entró un viento,
dandole, ¡gran ventura! nuevas sanas
al triste corazon y pensamiento:
que alli sin duda sus hambrientas ganas,
el passado cansancio y el tormento,
que la fiera en su estomago le causa,
tendrán limite cierto, y pondrán pausa.

XXXII.

Alegra los espiritus vitales
el buen olor, que por el ayre vino,
y aparta luego con premissas tales
de sus sentidos el furor mohino:
despues por los desiertos arenales,
torciendo su camino sin camino,
sin que alguno pudiesse ver por donde,
llega a la torre, y sin temor se esconde.

Era

XXXIII.

Era esta torre desde donde acecha
el Rey Sicaboron quanto alli passa,
por obra insigne de una pieza hecha
sin mezcla de betunes y argamassa:
la punta sube desde el pie derecha,
cuya cumbre sin par las nubes passa,
de manera que vieran en su altura
de otro Nembrod sobervio la locura.

XXXIV.

Del chapitel la punta se divisa
con tanta altura, que sin duda creo,
que no puso pyramide Artemisa
tan grande a su difunto Mausoleo:
la negra sombra de su altura pisa
de tierra muchos passos en rodeo,
obra al fin que la madre comun pudo
hacer, a donde el arte quedó mudo.

XXXV.

Ma ya el curioso por saber codicia,
qué torre es esta, o que milagro raro,
obra mejor que la sobervia Egypcia,
mas admirable que el ingenio pharo:
sepa, si no ha llegado a su noticia,
que esta, con quien alguna no comparo,
era un hongo terrible y estupendo,
de la preñada tierra parto horrendo.

XXXVI.

A sombra de su altissima techumbre
quatro Pulgas armadas razonando
vió, que entre brasas de infinita lumbre
una Liendre montés iban assando:
no le dieron las armas pesadumbre
al Rey, que el espectaculo mirando
se alegra, y entre el grande regocijo
oyó a un soldado Pulga que assi dixo:

XXXVII.

Ya sabe nuestro exercito por cierto,
que el Rey Sicaboron, comun padrastro
de nuestras fuertes gentes, es ya muerto
gracias al cielo y al propicio astro:
no ha sido por los suyos descubierto,
ni dél por ningun modo se halla rastro,
y si él en nuestra contra no se halla,
vencerá el gran Myrnuca la batalla.

XXXVIII.

Esso nunca será, mientras yo viva,
dixo el Tartaro Rey entre sus dientes,
si del vital aliento no me priva
la enemiga comun de los vivientes:
aparejaos, canalla vengativa,
porque havreis menester el ser valientes,
que llega cerca del redil el lobo,
que piensa hacer en vuestra presa robo.

XXXIX.

Salió a sus ojos el varon dispuesto
con denuedo feroz mostrando a todos
los quatro juntos el transido gesto,
y el cuerpo estropeado de mil modos:
ellos su vulto viendo tan funesto,
estabanle con risa echando apodos,
¿qué demonio el infierno nos envia,
o qué vestiglo o comedora Harpia?

XL.

Oyelo todo el Rey, y dissimula,
y a llegar cortesmente se comide,
y dice: Caballeros, si estimula
lastima vuestro pecho del que pide,
si el que es pobre y hambriento tiene bula
para que donde halláre, se convide,
pues para solos quatro assais tal bestia,
que os la ayude a comer no os dé molestia.

XLI.

Hidalgo, que en lo flaco y estrujado
nos muestra ser hidalga su persona,
¿qué Ballena del mar le ha vomitado?
dixo una Pulga entonces socarrona:
diga ¿quién las mexillas le ha chupado
o cómo assi trahe hecha la mamona?
passe adelante presto, sino espera,
que como estotra Liendre assado muera.

Bien

XLII.

Bien sabe, amigo, que de assar vivimos,
porque este solamente es nuestro oficio,
y que no estando assando, nos morimos,
que es nuestra vida ageno perjuicio:
y pues sin ser assado permitimos,
que libre passe, estime el beneficio,
y sepa que se engaña, si hace cuenta,
que es la campaña bodegon o venta.

XLIII.

La sangre helada con la furia hambrienta
en colera se enciende, y el enojo
al furibundo Tartaro atormenta,
por ver su acero en sangre aleve rojo:
Hoy, gente vil, me pagareis la afrenta,
dixo, si de las vidas os despojo,
y que me deis hará la fuerza mia
lo que no pudo hacer la cortesia.

XLIV.

Saca desnudo el cortador acero,
que ha sido en sus fortunas y trabajos
por la tierra y la mar su compañero,
temblando mar y tierra de sus tajos:
Salid, dice, canalla, porque quiero
vuestra carne villana hacer tassajos,
y con ella y la Liendre que se assa,
desterrar esta hambre de mi casa.

K No